

Ñaque o de piojos y actores de José Sanchis Sinisterra (El teatro de la austeridad).

ÓSCAR JAVIER ALTAMIRANO

No es raro que hoy en día se hable de austeridad cuando se habla de teatro. En general, la austeridad es una condición constante en nuestros escenarios. Las razones son, por un lado, obvias y, por el otro, complejas. Sin embargo, de esta austeridad conviene distinguir varias vertientes y un fenómeno.

Como fenómeno conviene señalar la cada vez menor asistencia del público al teatro. Esto podrá parecer alarmante o exagerado. Pero cualquiera que recuerde la tradición teatral de este país o, bien, decida observar el número de obras que se producían hace más de veinte años comprobará, sin demasiado esfuerzo, que la situación actual es bastante menos favorecedora que antes. Al reducirse la captación de ingresos vía taquilla, el teatro se enfrenta, inevitablemente, a la austeridad; pierde la capacidad de ser autofinanciable; se convierte en una actividad cultural cuyo sustento depende del Estado, y la repartición de fondos resulta de lo más limitada. A esto hay que agregar la deficiencia, la pretensión, la falta de experiencia y sentido que, en alguna medida, han prevalecido en nuestro arte de contar historias en teatro. En resumen, las puestas en escena pierden opulencia material e imaginativa. Se vuelven austeras en su propuesta, en la asistencia del público, en sus ingresos, y, en consecuencia, producen muy pocos fondos para reinvertir en un nuevo proyecto. Todo esto, desde luego, influye para que la gente se muestre menos interesada por el teatro.

Dentro de las vertientes que despliega la austeridad podemos mencionar varias:

- Aquella que resulta idónea para un montaje, ya sea por elección del director o porque el dramaturgo lo pide.
- Aquella que se asume en contra de las necesidades que plantea la obra misma y que, incluso en contra de las indicaciones del propio dramaturgo, se impone y se padece bajo la máscara de una propuesta avantgard que, en realidad, resulta completamente trasnochada, y, en la mayoría de los casos, aburrida.
- El caso de una propuesta cuya austeridad es más un artificio de la soberbia que un atino por parte de sus creadores, pues se piensa que se posee un talento fuera de serie, suficiente para entrenar al público sin más utilería que una cubeta y un trapeador.
- Por último, el caso más o menos excepcional de las propuestas que cuentan con un presupuesto más que sobrado para realizar una puesta en escena, pero cuya austeridad reside en la falta de imaginación y sentido. En estos casos el trabajo llama la atención porque la iluminación es "magnífica", la escenografía "espectacular", el vestuario "una delicia", pero el desempeño, la habilidad, el talento, brillan por su ausencia. No obstante, a los actores de nombre (y probables miembros del jurado en la próxima convocatoria del

FONCA) se les dice que están todos de maravilla; al director (también probable miembro del jurado) que ha creado unos espacios "oníricos" fantásticos; al funcionario, que tiene que justificar tamaña inversión, se le rodea de elogios y abrazos, y, al final del "coctel", la noche de estreno, el respetable, eterno olvidado, se pregunta ¿de qué se trató la obra?

Así, en el teatro mexicano, han pasado a la historia dramaturgos de alto calibre de cuyo nombre el público ya ni quiere acordarse.

El montaje de la obra de Sanchis Sinisterra resulta, en este sentido, excepcional. Digamos que es el teatro de la austeridad por convicción, y no porque no hubo otro remedio. Es decir, elude algunos de los vicios mencionados y otros tantos que faltan por mencionar. Por otro lado, alude a la verdadera magia del teatro. Es un producto honesto, carente de pretensiones. Su escasa producción encuentra un equilibrio notable en la dirección de Alejandro Veliz y en las actuaciones, en verdad admirables, de Miguel Flores y Carlos Cobos. Ojalá que el teatro mexicano contara con más elementos como los que participan en este montaje. Y es de agradecer que la creatividad y el oficio de hacer teatro se demuestre con dos actores que derraman el gusto por su profesión, la inevitable tarea de actuar, el espíritu dadivoso del artista, en vez de las vanidades arrolladoras que suelen manipular a muchas figuras del medio.

La obra de Sinisterra, inspirada en la novela de Agustín de Rojas Villandrano, *El viaje entretenido* (Madrid, 1603) retoma el relato de la vida de los cómicos ambulantes en la época del Siglo de Oro, y con una dramaturgia acorde a sus reconocidos méritos, Sinisterra, desvía el tránsito que, de un siglo a otro, realizan los actores Ríos y Solano.

Así, este par de cómicos, provenientes del pasado, aterrizan en 1997 y nos ofrecen una admirable representación de los quehaceres de estos comediantes a los que solía llamárseles "cómicos de la legua"

Estas compañías que, como las de Lope de Rueda, actuaron por toda España a finales de siglo xvi y durante todo el siglo xvii, tuvieron una importancia fundamental dentro del teatro del Siglo de Oro español, pues, entre otras cosas, abrieron una veta entre los dos de aquel grandes géneros de aquél tiempo: el auto sacramental y la comedia.

Naque o de piojos y actores ofrece, pues, un retrato fiel de estas representaciones plebeyas que eludían el brazo de la censura, y entretenían al vulgo con una mezcolanza de "loas, entremeses o sainetes, bailes, jácaras, mojigangas, follas, matachines..." y toda clase de "materiales literarios menores", que, bien aderezados, con un poco de música, incurrían en la sátira, la irreverencia, y otros tantos atrevimientos que contribuyeron a la "vinculación entre teatro y Prostitución .

En el siguiente fragmento del Viaje entretenido se ofrece una breve descripción de lo que pudo ser el Ñaque: "Ñaque es dos hombres (...) éstos hacen un entremés, algún poco de auto, dicen unas octavas, dos o tres loas, llevan una barba de zamorro, tocan el tamborino y cobran a ochavo, y en estos reinos a dinerillo (...) viven contentos, duermen vestidos,

caminan desnudos, comen hambrientos y espúlganse el verano entre los trigos, y en el invierno no sienten con el frío los piojos".

Por último, cabe destacar el encanto y la fascinación de un teatro cuyo artificio principal recaía en el lenguaje, la burla, el humor y el temperamento de sus creadores; un teatro que nos llega de aquellos tiempos de los que diría Cervantes que "no había tramoyas, ni desafíos de moros y cristianos a pie ni a caballo; no había figura que saliese o pareciese salir del centro de la tierra por lo hueco del teatro, al cual componían cuatro bancos en cuadro y cuatro o seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles o con almas. El adorno del teatro era una manta vieja tirada con dos cordeles de una parte u otra, que hacía lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos, cantando sin guitarra algún romance antiguo".

Ciudad de México, mayo de 1997